

h. 30680

10

# ORACION INAUGURAL

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
GRANADA  
N.º Documento 246655  
N.º Copia 246656

PRONUNCIADA

EN LA SOLEMNE APERTURA DE LA UNIVERSIDAD LITERARIA

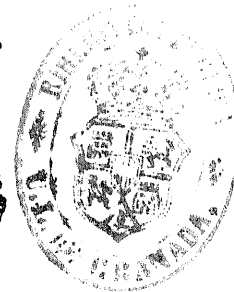
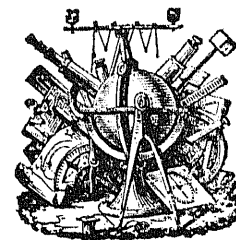
## DE GRANADA

en 1.º de Octubre de 1852,

POR

**D. José Moreno Nieto,**

Catedrático de Lengua Árábica, Habilitado en Administracion, Abogado del Ilustre Colegio de dicha Ciudad, Presidente de la Seccion de Ciencias filosóficas en la Academia de Ciencias y Literatura de la misma, Vocal Secretario de la Comision de Monumentos Históricos y Artísticos de esta provincia, etc.



GRANADA:-1852.

IMPRESA DE DON JUAN MARIA PUCHOL,

Placeta de Villamena, núm. 10.

Excmo. é Illmo. Señor:



uando Dios en sus consejos altísimos puso la razón en la frente del hombre, le dió por destino conocer la verdad, y en su larga carrera construir la ciencia. Para conocer esa verdad, tiene el pensamiento que recorrer los seres que existen en el espacio bajo la forma de la estension, ó que se desarrollan en el plano de la conciencia y de la historia entre los pliegues del tiempo, necesita tambien penetrar en el mundo de lo bello, lo verdadero y lo bueno, colocado fuera de toda duracion y de todo límite en las mansiones de la razón, y subiendo aun la escala de las relaciones y los seres, llegar hasta el trono donde existe rodeado de majestad y de gloria el supremo principio. Por donde se vé que tiene que conocer seres y relaciones, y entre los seres el ser infinito y los seres finitos. El conocimiento de estos, en lo que se refiere á su existencia temporal, es un conocimiento incompleto é inadecuado, y como forman su contenido hechos movibles y contradictorios, y objetos limitados cuanto pasajeros que no tienen en sí la causa de su ser, no puede bastar á la ra-

zon, nacida para desear y buscar lo absoluto, y para recorrer en el vasto horizonte de la existencia universal las analogías de las cosas, el principio y fin de todas ellas, su variada unidad, y sus secretas armonías. En vano es que el espíritu tomando por guía el entendimiento, y paseando su mirada por el campo de la experiencia, conozca la mar, su anchura y lo que su seno encierra; que vea la tierra con cuanto palpita en sus entrañas, y cuanto vive sobre ella de Oriente á Occidente, del Septentrion al Mediodía; que aprenda las grandes armonías y hermosas cadencias de los mundos; que conozca al hombre con sus pasiones, sus alegrías, sus tristezas, y que removiendo las ruinas y el polvo de los sepuleros, vea aparecer ante su mirada las generaciones hablando su lenguaje, y vistiendo el traje que llevaron. ¿Quién le dará la razón de todos esos seres, y le dirá de dónde vienen, dónde van, por qué causa nacen y desaparecen, por qué algunos sufren y lloran? ¿Quién llenará ese vacío inmenso que había antes que esos seres fueran y que habrá cuando concluya su existencia? ¿Quién además dará hartura á su alma ávida de lo absoluto? Solo una ciencia producto de esa facultad llamada razón, que conducida por su propia naturaleza deja tras sí los mundos sembrados como menuda arena en el espacio, y llega en su vuelo hasta el principio de todo principio, lo eterno, lo infinito, Dios. Cuando el pensamiento se acerca á este ser inefable y entra en posesion de aquellos conceptos que tienen su natural asiento en la razón absoluta, y que descienden á la del hombre como una inspiración, descansa de su continuo anhelar, y guiado por una luz purísima vé allí el alfa y omega de los seres, el ejemplar de su naturaleza y la ley de su desarrollo. Demos al hombre esa ciencia, y le haremos participar en cierto modo de Dios; degémosle á solas con la del mundo, y será un ser sin grandeza alumbrado por la opaca luz de un crepúsculo y entregado á la vana agitación de la vida sencible.

Es tan necesaria al hombre esa ciencia racional llamada, lo diré ya, filosofía, que no hay un momento en toda la duración del tiempo, ni un punto en toda la extensión del espacio, en que no se ocupara bajo una ú otra forma de los principales problemas que ella examina, aquellos principalmente que se refieren á nuestro destino. Preguntemos sino á la historia, y al paso que encontraremos muchos pueblos en que no existe la ciencia de lo finito, casi tan solo conocida de la Grecia y de la Europa, veremos que en todos ellos existe por lo menos una religión, es decir, entre otras cosas una solución mas ó menos completa de esas grandes y temerosas cuestiones, aunque no bajo la forma científica, pero como solución del pensamiento. Sí, en todas partes, en los pueblos salvajes y en casi todo el Oriente bajo la forma de la Religión, en parte de ese mismo Oriente, en Grecia, Roma y en la moderna Europa bajo la forma filosófica; en unas y otras civilizaciones bajo la forma del sentido comun, en toda la prolongación de los tiempos se ha ocupado de ella sin descanso. ¡Ah y cuánta es su alteza, cuánta su dificultad! La ciencia de lo finito, la experimental nació ayer, y ya se muestra rica de conocimientos y su historia no es sino un progreso continuo y apacible: ni el pensamiento dejó al pasar por ella su reposo, ni se agitó en luchas estériles, ni cerró obstinado sus ojos á la verdad cuando fué alguna vez anunciada. Mas en la ciencia racional todo vá muy de otro modo. Muchos siglos han pasado viendo al hombre pensar en sus problemas, si grandes, poco numerosos, y en mucho tiempo le hallaron vacilando entre la claridad y las tinieblas. Trato de ellos en el mundo antiguo, y así anduvo á veces en ese mundo buscando la luz que esclareciera tales misterios, como el ciego que busca un tesoro entre ruinas. Tuvo sí en algunos géneos brillantes inspiraciones: en sus alas y perdiéndose entre las ondulaciones de los aires y el torbellino de los soles, llegó hasta el tipo eterno de las ideas, pero bajó pronto de aquellas excelsas alturas y nunca halló una solu-

cion cumplida. Allí estaba la razon con sus dudas y sus misterios, cuando hace unos diez y ocho siglos, por el mas grande de los milagros y la mas estupenda maravilla, recibió la palabra revelada, que le abrió la puerta de casi todas las verdades. Y estuvo tranquila largo tiempo esplicando y comentando esa palabra revelada: despues separándose de las vias de la Religion y del sentido comun, y enlazando sus trabajos con los de la antigua civilizacion, atravesando la edad media, empezó por su cuenta una nueva investigacion de esos grandes problemas, recogiendo al paso los que surgian del movimiento y caracter de la moderna sociedad, para formar de todos ellos el inventario de las realidades, y trazar la línea del ser que se desenvuelve en el tiempo. Al poner el hombro á tamaña empresa, al levantarse audaz en pos del ideal absoluto de la ciencia, ha renovado el espíritu la tentativa de Prometeo: no ha habido profundidad alguna ni alta cumbre donde no haya querido tocar: un afan inmenso le ha empujado al vasto campo especulativo: el delirio ha sacudido las inteligencias: mil combates ha sostenido cuando en pro de la verdad, cuando tambien por el error y la razon ha sufrido el martirio del genio. ¡Ah, si nos fuera dado penetrar en todos los secretos de esa evolucion, ver cuántos sudores, cuántas esperanzas ha dejado el espíritu en su paso, cuántas veces ha caído sin aliento, cuántos escollos ha encontrado! Al fin el hombre ha vuelto ya de esa larga expedicion que emprendió en busca del bellocino de oro de la ciencia, y pronto descansará, porque ya está casi concluida su carrera. Casi concluida digo Excmo. é Illmo. Señor, y tal es mi parecer. En las grandes cuestiones filosóficas, en todas aquellas especulaciones altísimas, que han traído divididos los hombres y las escuelas, y que tienen por objeto la naturaleza de Dios, sus relaciones con el mundo, la causa y el fin de los seres, las leyes y fenómenos de la sociedad, la razon casi ha recorrido ya el círculo entero que le es dado recorrer, y empieza á entrever el fin de

tales cuestiones. La filosofía lo ha dicho así por la boca de eminentes modernos pensadores, y ha revelado esta creencia en la nueva direccion histórica que dá á sus trabajos. Los que no señalan término alguno al desenvolvimiento de la razon, y creen que andará por una eternidad caminando de progreso en progreso, siempre creciendo, subiendo siempre, no atienden á que no hay sino dos momentos en el desarrollo de la humanidad, y que el segundo, ó sea el de la razon, empezó en el siglo XVI, y ha tenido á su disposicion el tiempo, el genio y mil trabajos anteriores, olvidan que hace diez y ocho siglos se proclamaron desde el Calvario verdades de que está ya en posesion el mundo, y que por ser eternas, son inmutables; olvidan tambien que pasaron ya por la tierra Platon y Aristóteles, Plotino y Mallebranche, Leibnitz y Locke, Kant y Hegel; y por último, desconocen la naturaleza finita del hombre, y el caracter de los conocimientos racionales. Que, ¿ es la historia de la idea filosófica, el desenvolvimiento siempre creciente del ser orgánico, ó es mas bien un movimiento que oscila y es llevado ora de una parte, ora de la opuesta, que empieza y crece, y ya cuando crece retrocede, y ya cuando retrocede avanza? Todo el movimiento en filosofía se halla contenido entre dos opuestas tendencias, la tendencia sensualista y empírica, y la tendencia racional é idealista, digamos, entre dos facultades, el entendimiento y la razon. Las dos tienen sus verdades, sus encantos, sus ilusiones; llaman con dulce voz al pensamiento, y seducido casi siempre por la una ó por la otra, se ha echado en sus brazos, volviendo la espalda á la contraria y á las verdades que atesoraba. ¿ Por qué ya no pedimos consejo á entrambas, por qué no probamos á establecer cierta manera de concordia en aquellas sus pretensiones que puedan recibirla? ¿ No sería este el verdadero término de la filosofía y su verdadero progreso? Aceptar ambas tendencias de tal suerte que domine á la inferior la superior, que el entendimiento obedezca y la razon mande,

que reuniendo lo individual le múltiplo, lo diferente, pongamos sobre ello, lo simple, lo uno, lo universal, admitiendo en una vasta construcción todas las verdades, y rechazando todos los errores, sea cualquiera su origen y la tendencia que los envía; tal parece el verdadero y legítimo movimiento. Que si movidos por el deseo de un constante progreso y por el principio de que nuestro saber será mas verdadero, cuanto mas alto, dejamos siempre lo que parece y aun es finito, contingente é individual, para buscar la idea, el ser, la unidad; damos prueba de que han pasado en vano delante de nosotros muchas tristes experiencias, ¿marcharemos todavía en pos de lo absoluto, imitando á los niños que quieren saltar mas allá de su sombra? ¿Iremos siempre separados del sentido comun y de las creencias religiosas á perdernos en los abismos del error? No es este, vuelvo á decir, el verdadero progreso, ni es esta nuestra misión: ella consiste mas bien en llamar delante de nosotros los sistemas que el pasado ha producido en esas dos opuestas tendencias, juzgarlos ayudados de una crítica comprensiva y conciliadora, y recogiendo al paso las verdades que entrañan en su seno, formar con ellas, y bajo la ley y la unidad de principios mas altos el sistema definitivo de la ciencia. ¿Y cuáles son los sistemas que nos ofrece la historia? ¿Cuál será el que quede en el porvenir como producto de todo ese movimiento del pasado? ¿Ese sistema último podrá ser aceptado por la conciencia de la Europa cristiana, y preparar por sus verdades el completo acuerdo del sentido comun y la filosofía, y de esta y la teología? Voy á contestar á estas preguntas. Conozco que es grande la tarea, é imposible tratarla en corto espacio, y con esa galanura de formas y brillantéz de estilo que exigen estos discursos; pero si el objeto es digno, no debe abandonarse por consideraciones livianas, como son las de forma y tiempo. Conozco tambien lo peligroso que es tocar á esas preguntas tan ocasionadas á tempestades, y ciertamente á no considerar que es pasada ya la época

del error, y que el sol de la verdad vá alumbrando todos los horizontes, no hubiera osado traer á este recinto materias, que nuestras Universidades han esquivado siempre, por no comprometer las altas verdades de que deben ser fieles guardianes, ni traer á la par de sus enseñanzas, las discordias de semejantes doctrinas. Mas ya repito es pasada la hora en que el error podia triunfar momentáneamente de la verdad, y es además urgente levantarse contra ciertas ideas que van preocupando los espíritus, y que á nada menos se enderezan que á humillar la ciencia. Abordemos pues esas preguntas.

¿Cuáles son los sistemas que nos ofrece la historia?

Para contestar á esto cumplidamente, menester sería, y en ocasion como la actual es imposible, recorrer todos y cada uno de los sistemas que han aparecido en el gran teatro del mundo; por fortuna los métodos enseñados por esa nueva y gloriosa ciencia llamada filosofía de la historia, nos permiten trazar la evolución del movimiento filosófico, en cuanto á nuestro objeto cumple, sin llamar á la puerta de cada una de las escuelas, sin recoger los nombres de cuantos les dieron el tributo de sus trabajos, y sin seguir siglo por siglo, año por año, el curso de esa evolución, diciendo sus principios, sus crecimientos, sus paradas. Esa ciencia al escribir la historia, deja el accidente para fijarse en lo que es esencial, busca la sola idea entre sus diferentes manifestaciones, une los extremos del tiempo para conocer la duración de todo desarrollo, y construye y organiza los hechos bajo la ley de la unidad, y de aquella sucesión que dice ser antes lo que es inferior y primero en la idea, aunque ocurra haber venido despues en el tiempo. Con tales principios podremos componer de una manera ordenada todos los momentos de la historia filosófica, y lo que es mas, ante ellos serán menos las figuras de ese poema cíclico del pensamiento. Porque en efecto, si advertidos sabemos distinguir su esencia en medio de sus diversos colores y variadas vestiduras, si no nos engaña

el ropaje de duelo que llevan los dias en que suena la hora de una civilizacion que acompañaban, ni aquel otro que visten cuando se presentan llenas de juventud, al resucitar á la voz de nuevos tiempos, contaremos fácilmente su número, y se nos descubrirán sus aventuras. Entremos ya guiados por esos métodos en la historia de la razon.

Dos son las grandes y principales clases de cuestiones á que tienen que contestar los filósofos, y cuya varia solucion traza la línea de las escuelas, son á saber; las cuestiones críticas, y las cuestiones metafísicas. Las primeras que deben ocuparnos porque constituyen los prolegómenos de toda ciencia, y el primer momento del trabajo reflexivo y libre, son las cuestiones críticas, en otros términos, la de la certidumbre y la del origen de los conocimientos. En esta última han nacido el sensualismo y el racionalismo, esa antigua é importante polémica de la filosofía. ¿Diré el fallo que ha pronunciado la ciencia sobre esos sistemas rivales? Harto conocido es ya de todos. El sensualismo que deriva de las sensaciones y de la experiencia todos los conocimientos, atribuyendo á la generalizacion y á la induccion lo que vá mas allá del individuo, desconoce la facultad llamada razon que solo se ejercita por el raciocinio, explica por lo que es menos, es decir, por lo contingente, lo que es mas, es decir, lo necesario, lo absoluto, y hace imposible toda crítica, la de lo verdadero, la de lo bello, la de lo bueno, la de la conveniencia social, como quiera que toda crítica es superior á la experiencia, y como superior la juzga, á veces la contradice, y á veces tambien trabaja por trasformarla. El sensualismo en lo que tiene de exagerado y de falso, murió á los esfuerzos reunidos de Kant Reid y Cousin. A su vez, esas construcciones maravillosas del racionalismo, en que por el movimiento interior del pensamiento, y por una evolucion racional hasta en su principio, se dá producido un mundo, que no es el de la experiencia ni el del sentido comun, han disgustado

á los espíritus, que además se hallaban dispuestos á rechazar como falsa la doctrina, de que todo procede exclusivamente de la razon, porque esta solo dá lo necesario, y todo lo finito es contingente, y porque la razon solo contiene en sí virtualmente relaciones, modos y leyes, dando en cuanto á los objetos lo posible, y no lo actual, que le viene de la experiencia.

En la cuestion de origen, estas contrapuestas doctrinas despues de mas de veinte siglos de lucha, han ajustado paces, reconociendo el concurso de la observacion y la especulacion de la sensibilidad y del entendimiento con la razon, para adquirir y construir todos los conocimientos. Mas en cuanto á determinar la parte y la preferencia que debe darse á esas distintas facultades, asi como en las consecuencias á que esos puntos dan lugar, la oposicion dura aun, iba á decir, durará siempre. Unos prestarán atencion á los avisos del entendimiento, otros, y serán estos los que pertenezcan á esa ilustre familia de Platon de Mallebranche y Schelling, se ladearán de parte de la razon. Si cuando la experiencia dice que sí, contradice la especulacion, afirmarán los unos, y negarán los otros: los primeros irán del mundo á Dios, y con frecuencia se extraviarán en el mundo; los segundos bajarán mas bien de Dios al mundo y no sabrán ó no querrán á veces encontrarle. Para unos la realidad estará en lo individual, en lo actual, en lo limitado, para otros en lo ideal, en lo que no tiene límites. Si aquellos presentan la materia como una sombra, una forma fugitiva, ó como una ecuacion entre el ser y la nada, estos harán de ella una realidad verdadera, una substancia cuyo principio no conocen, cuyo fin no prevén. Vosotros realizais abstracciones, correis tras de quimeras, clamarán los unos y llenos de indignacion dirán los otros: ¿Qué! ¿Buscar en todo lo simple lo eterno, lo que no tiene la imperfeccion del límite, es ir en pos de vanas abstracciones? ¿Dejar el fenómeno por la substancia, el hecho por la ley, lo contingente por lo necesario, es dejar la realidad por una quimera?

Y estas disputas y estas voces durarán: degémoslas un momento, tal vez cuando háyamos recorrido los sistemas metafísicos que revelan esa diversidad, podamos dar alguna armonía y realizar, siquiera sea parcialmente, aquella avenencia que indicá-bamos poco ha; entretanto, pasemos á la cuestion crítica por excelencia, á la cuestion de la certidumbre, que si preocupó bastante á los pensadores griegos, no se planteó en toda su fuerza hasta las modernas edades. A fines del pasado siglo fué cuando apareció un distinguido pensador, el cual tomando de nuevo la tarea empezada por Descartes, dió al mundo una obra portentosa, que quedará como la gran tentativa hecha por el hombre para resolver esa pavorosa cuestion de la certidumbre. Ese hombre se llamaba Manuel Kant, la obra, la crítica de la razon pura. Despues de él empezó un movimiento filosófico, sin igual quizá en la historia, y todo él se ordenó principalmente á resolver ese gran problema que Kant habia planteado. No lo dude-mos, Fichte y Schelling, Hegel y Krause, Solgor y Herbart, se pusieron á comentar las palabras dadas al viento por aquella inteligencia poderosa, y aun en el punto en que parecia embar-garles el éstasis de lo absoluto, se veian preocupados soberana-mente por las cuestiones de crítica. No sé si se han contado las luchas, las derrotas, las victorias, y las angustias, que ofrece la historia del pensamiento aplicado á encontrar el secreto de ese problema.

Cuatro son las grandes soluciones, los grandes sistemas que se han producido, á propósito de él, en los antiguos y en los modernos tiempos, el sistema escéptico y el dogmático, el idea-lista y el realista.

El escepticismo al ensayar la crítica de nuestras facultades, ha buscado siempre un criterio absoluto que declarara su legi-timidad, y que le permitiera adquirir un saber teórico fundado solo en la demostracion. Pedia éste criterio á los instintos, á la percepcion, y no encontrándole ni en aquellos ni en esta, decia

que eran puros hechos que no tenian título alguno á su recono-timiento. Pedíasele tambien al sentimiento, y al ver que era individual, le declaraba incapaz de una afirmacion universal, y así corriendo en pos de una quimera, ha hollado con sus plan-tas el sentimiento, los instintos, la percepcion, y todos los co-nocimientos inmediatos que de ellos se derivan. Y no paro aquí, paso adelante, y hasta las concepciones racionales, esa luz pu-risima emanada del sol de la verdad, esa region sin sombras fué atravesada por la duda, porque el escepticismo creyendo deber huir de la razon para juzgarla, protestando de los juicios que ella daba de sí misma, cerró los oidos á sus palabras, y la declaró tambien incapaz de alcanzar la verdad objetiva y ab-soluta. Todo en tí es subjetivo, todo es humano la dijo: si en ves de me parece, que es tu lenguaje, dices: esto es, que es el lenguaje de la verdad, tú mientes: y en llegando aquí puso el escepticismo sobre su bandera la duda universal.

Una vez colocadas estas doctrinas á la entrada de la ciencia, era necesario levantarse contra ellas, y destruirlas, y destruir la duda, porque la duda para el pensamiento es la muerte, y la filosofía se habria visto escomulgada del género humano, si solo le ofreciera como en don una universal negacion. El dog-matismo debia venir á confirmar tarde ó temprano la fé en nues-tras facultades, debia sí, pero antes de llegar á él, encontramos en el camino otro sistema mitad dogmático, mitad excéptico, que es ante la comun creencia una paradoja, y que sin em-bargo un célebre polemista alemán, Jacobi, ha considerado casi como la esencia de la filosofía: hablo del idealismo.

Despues de tomar posesion de las concepciones racionales, ó sea los conceptos lógicos que declara válidos y legítimos, pre-tende este sistema, como el anterior, fundar la ciencia de los seres sobre la base exclusivamente teórica del racionio. Em-pezando su marcha, reconoce la existencia del yo por la iden-tidad del acto del pensamiento y de la existencia, pero despues

al pasar al no yo, como esta substancia es exterior al pensamiento, cree no poderse asegurar de ella, y duda si es un objeto, una realidad independiente, ó solo una creacion del mismo pensamiento, una sombra proyectada en su propio fondo, semejante á las apariencias que el Armenio de Platon veia en el fondo de la caverna. Su principio era no reconocer otro ser que el que revelara la razon, y como la materia no aparece ante el yo sino bajo la forma de una idea, esa idea es la que deja subsistir el idealismo, negando ó dudando al menos que corresponda á un ser, que pueda turbar en su soberania la omnipotencia del yo. En cuanto al ser absoluto, distinto del yo, ese sistema no sabe hablar de él. De este modo el idealismo critico ó subjetivo ha trabajado mucho en pro del escepticismo. Lleguemos ya al extremo opuesto para buscar los sistemas que hicieron á estos contraste, veamos como hablan el sistema dogmático y el realista.

Hay un dogmatismo y un realismo racionalistas, y otros que no lo son: el verdadero dogmatismo ó sea el racional, que abraza en cierto modo el realismo, dice que lo individual y contingente se manifiesta con verdad al alma por el ministerio de los sentidos, en virtud de una secreta armonía, afirma que la razon no solo puede alcanzar las verdades mas altas, sino que entraña en sí lo verdadero, como que en ella se contienen, á la manera que los cuerpos en el espacio, las nociones y principios lógicos y ontológicos, que son el único criterio, y á un tiempo mismo las leyes de los seres. Y no dudando, antes bien aceptando con entero crédito las afirmaciones de esa razon, habla con seguridad del hombre y del mundo, y cuando despues por esa escala misteriosa de la dialéctica sube hasta el cielo, y construye la idea de Dios, y recorre con su mirada desde esa cumbre el grande horizonte de las realidades, y llega hasta los últimos límites del tiempo, se llena de orgullo, cree que todos los secretos se le han descubierto, que ha descifrado la cifra de

lo absoluto, y dice que todo lo alcanza, y que su saber es saber divino. ¡Singular miseria, contradiccion singular la del hombre! Digámosle que algunas veces se engaña, que su razon es limitada, y al oír estó caerá en el temor, en el escepticismo, y dudará de lo que ven sus ojos, y oyen sus oidos; dudará del grito de su conciencia, de la voz de su razon: digámosle por el contrario que ha nacido para conocer la verdad, y que sus facultades no son una mentira, y le veremos embriagarse, y correr á los abismos; pero demos ya de mano á esas consideraciones, y hablemos luego del dogmatismo y realismo no racionalistas, que podemos llamar sentimentales, y que tienen casi por único representante á Jacobi.

Preocupado ese escritor distinguido con los excesos del sistema anterior, y tambien, si es lícito separar la parte del todo, con los del realismo racionalista, que para destruir el idealismo critico habian llegado en la Alemania, hasta identificar el pensamiento y la materia en una unidad antigenesiana, y anulado todas las realidades para dar solo un monismo lógico, ó lo que es lo mismo, la nada, combatió toda reflexion filosófica, y dijo: es preciso abandonar toda crítica, y toda especulacion: la filosofia que pretende demostrarlo todo, y que hace abstraccion del ser dado en la conciencia, es una empresa estéril, que solo puede conducir al idealismo ó al nihilismo. Hagamos, añadió, hagamos la guerra á la reflexion filosófica, que con eso destruiremos la duda: demos una entera confianza á los sentimientos naturales, al testimonio de los sentidos, y al dictámen de todas nuestras facultades; que Dios puso una sábia armonía entre la naturaleza sensible y racional del hombre y la naturaleza de las cosas.

A este punto habia llegado la polémica de los filósofos en orden á la gran cuestion de la certidumbre, cuando en medio del griterío que armaban esos filósofos; en medio tambien del estruendo de las revoluciones, y del clamoreo de las gentes, se



presentó una escuela, que hace algunos años aun no tenía nombre, y que hoy es conocida con el de escuela teológica. Al nacer se anunció como una protesta y como una venganza, y haciéndose el órgano de una clase á quien tres siglos de derrotas tenían resentida, y á quien á la vez llenaban de indignacion y espanto los excesos y escándalos de los nuevos principios que se habian enseñoreado del mundo, arrojó el guante á la filosofía, y juró su esterminio y ruina. A sus ojos la filosofía, la hija querida de la razon, no es otra cosa que el mal: flaca de suyo, dice, esa razon humana, y unida al error con estrechos vínculos, solo puede si se abandona á sus propias fuerzas producir el error. Ella fué herida, añade, por una maldicion en un momento solemne, y para el hombre triste, y desde entonces este hombre se halla destinado á vivir entre errores y tinieblas. Si tiende la vista por el mundo, no encuentra sino velos que le ocultan la vida de los seres: si pregunta á la naturaleza, un largo silencio responde á sus preguntas; si alza su mirada, entonces se turba y despues de vagar largamente, su boca pronuncia una blasfemia. Suyos son todos los errores, y entre las verdades, ni una sola puede reclamar su nombre. Las que han iluminado la conciencia universal proceden, ó de aquella revelacion habida en los primeros dias del mundo, ó de aquella otra que oyeron pasmadas las muchedumbres, cuando sonó la hora en que habia de perecer la civilacion pagana. ¡Ay! ¿Qué sería del hombre sin esas revelaciones? Vegetaría en una perpetua ignorancia, porque le estan vedadas casi todas las verdades. ¡Anatema sobre la filosofía!

Esto dice esa escuela, y con ella parece que han terminado las diversas fases que presenta la historia del espíritu, al meditar sobre las cuestiones de crítica.

Al apreciarlas ahora ¿tomaremos posicion al lado de Jacobi y de Maistre, de Lammenais y Bautain, de Gaume y Donoso Cortés, para hacer la guerra á todo pensamiento filosófico? ¿Serán

ciertos los cargos que tales autores dirigen á esa ciencia; ocupacion constante de aquellos vastos genios que mas honran la humanidad? Esos cargos, es preciso decirlo, no carecen de fundamento. La filosofía tiene una aficion cariñosa, una singular tendencia, á dos errores grandes, es verdad, pero errores al fin, que se llaman panteismo y escepticismo. La causa de tender al escepticismo es muy obvia, aunque sea con frecuencia desconocida: consiste principalmente en que la filosofía es una ciencia casi del todo racional, que tiene por método el raciocinio; por elementos criticos las nociones lógicas, y aspirando, porque la razon tiene deseos infinitos, aspirando decia á sujetar todo á la demostracion, y llegar á un saber puramente teórico, se vé inclinada á negar un gran número de verdades, son á saber, todas aquellas que se refieren á objetos y hechos contingentes, las de aquellas relaciones ó modos que aunque absolutos, son dados, siquiera sea parcialmente, en la sensacion, y en forma inmediata, y tambien las concernientes á aquellos hechos, y á aquel estado que se encuentran mas allá de lo presente. Estos conocimientos pocas veces pueden sujetarse á la forma del raciocinio, y hasta la resisten tambien algunos problemas metafisicos, atento que en ellos salen al paso á la razon algunas como contradicciones nacidas de su propio seno, por donde en resolucion viene á parar á la duda de grandes verdades. Si, la filosofía cuando aspira á ese caracter crítico de una cumplida demostracion, que es á no dudarlo el ideal de la ciencia en la cuestion de certidumbre, vá á parar por uno ú otro lado al escepticismo. Es uno de sus dos grandes escollos, es la maldicion que la hiere en su camino, es la sombra terrible que la persigue á todas partes. En el mundo antiguo acompañó casi constantemente el trabajo de la razon, desde su primer comienzo hasta aquella hora en que falta ya de energía y aliento iba á espirar. Recordemos si no, que en los primeros siglos de nuestra era, y antes de aparecer la escuela de Alejandria, solo

quedaban en pié las escuelas escépticas. ¿Y en la moderna Europa, no recordamos los nombres de Kant y Hume? ¿Olvidamos que cuando la idea escéptica era derrotada en el orden de las verdades lógicas, y en la afirmación del yo, cobraba nuevos bríos por el idealismo? ¿Olvidamos que ha llegado á formar el carácter de una época desgraciada? ¿No es su aire el que hemos respirado? ¡Ah! No lo neguemos: el escepticismo, y en él comprendo el idealismo crítico, es uno de los grandes peligros de la filosofía. ¿Pero habremos de desesperar de la razón, habremos de hacer del escepticismo su última palabra, y condenar por ello la filosofía? Nunca Excmo. é Illmo. Señor. Si el escepticismo ha triunfado en algunas épocas, hoy está ya destruido: despues de haber servido en cierto modo á la causa de la verdad, sujetando nuestras facultades á un exámen riguroso, descubriendo las contradicciones de la ciencia, dando ocasion á que se fige y precise el vario carácter y distinta índole de los conocimientos, y enseñando finalmente, por medio del idealismo, la superioridad y la anterioridad absoluta del ser consciente respecto de la materia, despues de dejar esas enseñanzas, en compensacion pequeña en verdad de los males que ha producido, desaparecerá envuelto en una condenacion eterna, no solo por la consideracion de esos males, y de los que podría producir, sino por consideraciones puramente científicas. El dogmatismo en su último periodo ha hecho esfuerzos de gigante contra él y le ha vencido: hoy podemos cantar sus funerales. Digamos esos esfuerzos y cómo ha conseguido la victoria.

Para probar la legitimidad de nuestras facultades, y la existencia de los seres, ha invocado dos principios que bien pudieran llamarse los grandes monumentos críticos de la moderna filosofía, y son: uno el carácter impersonal y absoluto de la razon como facultad de los conceptos lógicos y ontológicos, lo que dá á dichos conceptos un valor objetivo, y asegura la iden-

idad del ser y de la idea, y otro la armonía preestablecida entre nuestras facultades y los objetos.

El día en que fueron proclamados esos principios, el mundo debió adornarse con ricas vestiduras, como en sus días de gloria. Ya no será para él la filosofía el Mefistófeles de Fausto diciendo á sus oídos palabras de duda, ni se presentará ante él con la imagen de la muerte, ó de una vejez desolada, inquieta y terrible, sino con la de una juventud fresca y lozana. Muchos, y principalmente aquellos que, como expresó Schelling en una ocasión solemne, han dicho en su corazón, que no haya filosofía en el mundo, los que no esperan que venga á la sociedad del lado de la ciencia aquella fé que un tiempo poseyó, y que perdió, cuando puso oído atento á las palabras de los filósofos, tendrán en menos valer esas conquistas del pensamiento; pero nosotros debemos alegrarnos, no porque creamos que la filosofía puede restablecer la fé, que esta en verdad no se elabora sistemáticamente, sino porque desde ese tiempo se hace posible la conciliacion de esos dos poderes sociales, la Religion y la ciencia, por la vuelta de la filosofía á las creencias comunes, y ambas podrán ejercer el santo ministerio de la enseñanza de lo verdadero y lo bueno, y trabajar en el bienestar de la humanidad. La filosofía, como ha dicho un escritor distinguido, no es en el siglo XIX el privilegio de algunas almas superiores, ó la meditacion de algunos hombres solitarios: ella lo ha invadido todo, ha penetrado en nuestras costumbres, en nuestras instituciones, en nuestros Códigos, se halla en todos y cada uno de los derechos que la sociedad ha conquistado, y mientras la ciencia no de su asentimiento á los principios proclamados bajo otra forma, podemos decir que la sociedad no estará tranquila. Mas me olvidaba que aun no es tiempo de entrar en esas consideraciones: degémoslas por ahora, y veamos esos principios que han arruinado el escepticismo. El primero es el carácter impersonal y en cierto modo absoluto de

la razon, ó mejor dicho, de los conceptos racionales.

Hay Excmo. é Illmo. Señor tres grandes capacidades, en que se contienen todos los seres finitos y todas las relaciones: el espacio, el tiempo, y la razon: en el primero está todo lo que es extenso, en el segundo todo lo que se mueve y desenvuelve, y en la última todo lo que no siendo sustancial, arregla, modela, y explica la vida de los seres. Como el espacio y el tiempo no crean lo que contienen, tampoco la razon crea los conceptos y principios que en ella se encuentran: ella los conoce, no los produce, los descubre en medio de una alegría profunda, y es iluminada por su luz purísima. Y no debe sospechar de su autoridad, tomándolos por una ilusion ó por una creacion subgetiva y personal, supuesto que ellos no reconocen sujetos, ni lugares, ni civilizaciones: allí donde habita un hombre, donde existe una inteligencia, allí estan esparciendo sus resplandores. Por ellos solos puede conocer la verdad ¿qué digo conocer? son la verdad misma, no la que consiste en una justa correspondencia entre lo que aparece y lo que es, entre las facultades y los objetos, sino la que es independiente y absoluta, la que se llama en un lenguaje tan exacto como profundo lo verdadero. Dudar de esos principios, es cerrar los ojos á la luz, será, si se quiere, un esfuerzo de la personalidad, un capricho ó un arranque quizá del orgullo, no una duda de la razon. ¿Podremos dudar del principio de contradiccion, ó de aquel otro que dice que el todo es mayor que su parte? Nunca: aquí la duda es imposible. Tenemos pues, con la doctrina de la razon impersonal, salvados de la duda los principios lógicos, y con ellos el verdadero criterio de todo conocimiento.

Y aun vá mucho mas allá esa doctrina: la razon no es solo la facultad de los conceptos lógicos, si por estos entendemos los que no abrazan sino relaciones estrañas á la construccion de los seres, y á la determinacion de su naturaleza: ella contiene tambien en el fondo de su ser un depósito inagotable de virtuali-

dad, una série de principios y de verdades, que se refieren á la naturaleza y desarrollo de los seres, y abarcan desde lo finito hasta lo infinito. ¿Quién no sabe, que la vida de lo que empieza en el tiempo, está sujeta á una evolucion, á un proceso cuya descripcion ha intentado, el primero, Hegel en su lógica, esa obra la mas grande, por lo atrevida, de cuantas ha producido el genio del hombre, y á la cual no ha faltado, por desgracia, mas que en vez de la ley de todos los seres, hacer de ella solo la ley y el Código de los que son finitos? ¿Y quién ignora de otra parte que existen unos principios morales que reglan bajo la nocion del deber la vida espiritual de los seres conscientes y libres? Pues bien, estos principios y las leyes de aquella evolucion se encuentran en la razon con el mismo carácter de necesarias é impersonales con que aparecen los conceptos lógicos, de donde resulta que la doctrina de la razon impersonal salva tambien de la duda la ontologia y la moral.

Y aun vá mas allá: no solo salva de la duda la ontologia, la moral y la lógica, sino la crítica y la metafísica, como quiera que con esa doctrina podemos asegurarnos de la existencia de Dios, del hombre y del mundo. En efecto, en la razon existen las dos nociones fundamentales de lo finito y lo infinito, á que corresponden las de lo necesario y contingente, lo absoluto y relativo, y existe tambien el principio de que lo relativo, lo contingente, lo finito, supone y prueba lo necesario, lo infinito y lo absoluto. Provista la razon de ese principio ontológico, démosla por la experiencia un ser, siquiera sea fugitivo, siquiera lleve el sello de la imperfeccion y de la muerte, bien que solo un ser imperfecto puede aquella dar, y la veremos con este ser, y aquel principio alcanzar la existencia de Dios. ¿Por qué, dónde está la razon suficiente del ser que nos ha dado la experiencia? Sea materia ó espíritu, sino es lo absoluto, tiene que buscar su principio en Dios.

Pero se dirá ¿quién nos asegura que esa experiencia no es

ilusion, vana mentira? ¿Quién nos garantiza, de que dice la verdad la conciencia, cuando levantándose ante la razon, dice, yo existo, y de que dice la verdad, cuando volviéndose al mundo, dice, el mundo existe? La razon misma guiada de otros principios racionales. Ella dice, el yo existe, supuesto que piensa, y al pensar, ejercita su existencia, y en ese hecho, se unen lo subjetivo y lo objetivo; hay identidad del ser y de la idea, y la hay tan cierta, tan inmediata, tan rápida, que apenas puede la razon sorprender el procedimiento lógico, que la lleva á esa afirmacion.

Puestos en posesion del yo, se revelan con revelacion evidente todos los demas seres, los que pueblan el espacio, formando el mundo y el que está mas allá de todos los espacios, y de todos los horizontes. La razon continúa, puesto que el mundo impone un límite á la actividad del yo, puesto que ejerce sobre él influencia, puesto que frente al mundo recibe sensaciones, y puesto que existe el principio de causalidad, segun el cual nada se produce sin una actividad cansadora, el mundo, el no yo tambien existe. Y luego añade, supuesto que el yo y el no yo son relativos, finitos y contingentes, algo habrá mas allá, que sea infinito, absoluto y necesario, y de pronto aparece Dios iluminando el Universo.

Satisfecha la crítica con haber demostrado la validéz de todos los conceptos y principios racionales, y probado la existencia universal, se dirigió á las ciencias esperimentales para hablarlas del otro principio de la armonía entre nuestras facultades y los objetos, y las dijo: he aprendido despues de un gran trabajo, que lo que me decian la sensibilidad y el entendimiento, en orden á la existencia de los seres contingentes es cierto; tambien lo será cuanto os digan esas facultades acerca de la naturaleza y propiedades de los mismos: id pues, y estudiad su carácter y cualidades empiricas. Y aquí se envolvió en el silencio, dejando á la metafisica el cuidado de determinar la naturaleza de ese

Dios, que ella había encontrado, así como el carácter racional del hombre y del mundo, y sus mútuas relaciones.

Me he detenido bastante, Excmo. é Illmo. Señor en el problema crítico, convencido de que tiene grande importancia, no solo porque nos abre ó cierra las puertas de la ciencia, sino porque sus soluciones, juntas con la cuestion de método, que está á ellas unida con estrecha lazada, nos darán el secreto de muchos de los sistemas, que vamos á examinar. La crítica y el método explican con frecuencia la metafisica. El que baja desde la ladera al valle, no puede descubrir la cima del monte; el que se coloca en lo alto del monte, no puede conocer el valle. Así el sistema sensualista conduce casi siempre al materialismo, y el racionalista al panteismo. Basta lo dicho como justificacion, sin seguir las demas analogías; y recorramos ya lijeramente las principales soluciones metafísicas: despues de los sistemas subjetivos, digamos los objetivos.

De los sistemas objetivos, unos admiten parte de los seres, suprimiendo los demas, otros afirmando todos, varían en la manera de determinar su carácter y relaciones. Si el sistema suprime lo infinito, se llama ateismo; si el mundo, acosmismo; si el espíritu, materialismo; si la materia, espiritualismo.

El ateismo y el materialismo no son sistemas rigurosamente filosóficos, son mas bien el resultado de una observacion estrecha, sistemas de almas pequeñas, que no saben la primera letra de la filosofia. La idea de Dios y la del espíritu humano van contenidas en toda afirmacion del pensamiento. Cuando hablo de algun ser, yo sé que habla mi pensamiento, y sé tambien que ese ser procede de Dios, y tiene su razon en él. Por esto, imitando el giro de un pasaje célebre, podemos decir, que aquel que cuando habla explicitamente de cualquier cosa, ignora que habla implicitamente de Dios, como ser universal, y principio y fin de todo, y que habla tambien del pensamiento humano, como principio, no de existencia, pero sí de conocimiento, ese

puede estar cierto, de que no ha recibido de Dios sino la inteligencia necesaria para ser hombre. El ateo es un ser privado de razon: toda alma un poco elevada siente de una manera invencible, que este mundo, aunque bello, pasajero oculta á nuestra débil mirada una existencia eterna, que necesita la inteligencia mas allá de estos límites y de estos fenómenos un principio mas alto, y el amor un objeto mas digno. Por su parte, el materialista no sabe leer en la conciencia, tiene ojos para no ver, oídos para no oír. ¿Ese mundo interior, esa voz secreta de la razon y de la justicia, esa actividad que ha levantado á Balbek y el Partenon, el Vaticano y la Alhambra, que ha medido los cielos, escrito la historia y lo porvenir, estudiado, combinado y trasformado la materia, cómo ha de ser una trasformacion, un producto de esa materia? ¿Ella que es simple, una, idéntica, libre, consciente, cómo ha de proceder de esa materia inerte, oscura, silenciosa? Unamos nuestra voz al mundo para condenar el ateísmo: tanta es su fealdad, y su repugnancia tanta, que si alguna vez ha pasado un hombre, diciendo, el impío, no hay Dios, el mundo ha dicho, ese hombre es un desgraciado, perdió la razon, el ateo no existe. Unos dias hubo empero, en que el hombre de la Europa pareció haber perdido el instinto de lo divino, y el ateísmo, antes excomulgado entre las gentes, se levantó victorioso. ¡Ah! Demos al olvido esos dias, que cubre un crespon funeral, y condenemos esa doctrina. Condénemos tambien el materialismo, que él rebaja al hombre, y pone su frente hermosa en inmundo lodazal. La filosofía no tiene palabras de disculpa para esos sistemas, hijos legítimos del sensualismo: ellos son el mal, y á la vez el error mas grosero y absurdo: anatema sobre ellos, y que ni una voz venga á despertarlos, cuando estudiemos el pasado para construir la ciencia.

Los otros sistemas, que se apoyan en la negacion de algunos de los objetos del conocimiento, son raros en la historia: el

acosmismo tan solo le veo entre los eleatas, y para hallar el espiritualismo, debemos llegar hasta Schelling Oken y Carus; por lo menos, el que he definido, si existe en alguna parte, es preciso buscarle en esos nombres, y en ese tiempo. Ha sido un esfuerzo de la razon, para suprimir la materia, ese embarazo constante del idealismo, y aun de la filosofía, ese elemento de negacion y límite, que parece rebajar el ser, al quitarle su generalidad, ó ha sido, si se quiere, un procedimiento adoptado para favorecer la evolucion de la idea al través de sus diversos grados, sin que la obligara á hacer estacion, una sustancia inerte, cual la materia. Batió palmas años atrás cantando victoria; pero fué pronto derrotado, y si quedan de él gloriosos recuerdos, por haber destruido las doctrinas atomistas, y por haber disminuido la profundidad de ese abismo, que ciertas escuelas ponian entre las dos formas del ser finito, haciendo imposible su armonia, pero la materia, no obstante sus esfuerzos, aparece como un elemento, de que no puede prescindirse en la ciencia, y que dá un constante mentis á sus teorías.

El acosmismo es la suprema palabra de orgullo de la razon, puesta en frente del entendimiento y de la experiencia: él ve el mundo, con sus seres, sus formas, sus colores, sus encantos, y dice: eso es la nada, esos seres, esas formas no existen, porque existe Dios, y no puede concebirsele creando, y sin creacion ese mundo no puede existir. Y es, que este sistema llegó por la dialéctica á un ser inmóvil en su absoluta perfeccion, y no pudiendo rebajarle, hasta sujetarle al tiempo, creando, y hasta reducirle al tiempo produciendo, se colocó de un salto frente á Dios, y á su lado puso la inmensidad de la nada. Las gentes apenas han oido la voz de este sistema, porque ella ha sonado pocas veces: si la oyeran, pasarian de largo con la sonrisa en los lábios: yo pasaré tambien, no sé de que manera decir, diré en silencio, que ya es tiempo de dejar estos sistemas, para examinar los que explican la naturaleza y relaciones

de esos dos términos del conocimiento, Dios y el mundo.

Este es el gran problema metafísico, y el gran negocio de la razón. Tres son sus soluciones posibles, la solución dualista, la del panteísmo, y la del teísmo.

El dualismo, que fué la creencia general del mundo antiguo, supone la coexistencia eterna de dos principios distintos é independientes: Dios y la materia. Según él, Dios era desde la eternidad: yacía silencioso en el fondo de una ociosa perfección. La materia era también desde la eternidad, agitábase en el caos, llevada á la ventura por mil fuerzas ciegas, hasta que Dios, en sus designios soberanos, resolvió formar el Universo, y entonces echando á torrentes la armonía y la claridad en esa masa informe y oscura, hizo que la luz alumbrase aquellas tinieblas, y que los mundos, separándose, tomaran posesión del espacio.

¿Podrá contentarse la razón con este sistema, que rebaja la omnipotencia de Dios, y ensalza la materia, y que no puede explicar el mundo de la historia? ¿Quién es ese Dios? Es solo un arquitecto, un Dios infecundo, que nada puede crear, un Dios imperfecto, que ha visto siempre cerca de su trono un ser que limitaba su poder. El dualismo es la infancia del pensamiento. Al abrir el hombre á la luz sus ojos, encontró la materia, y no comprendiendo la creación sustancial, trasladó á este acto misterioso la manera de obrar de los seres finitos, y se hizo dualista. Pero estando reservada la eternidad al ser en sí y para sí, á un ser, que siendo consciente y libre, tenga todas las perfecciones, que sea absoluto é infinito, la materia ha debido empezar en el tiempo, por obra de una inteligencia y de un poder supremo. En filosofía no ha hecho, ni podido hacer gran fortuna el dualismo.

Los grandes sistemas que en esta cuestión se han disputado el señorío de las inteligencias con tison estremado, y entre los que aun dura la lucha, son el panteísmo y el teísmo.

Así como en la crítica el escepticismo, en metafísica, parece

ser el panteísmo el sistema mas querido de la filosofía: con él casi empieza en la India, y su nombre aun resuena, cuando está próxima á dar la última palabra. Fúndase dicho sistema en una afirmación, y una negación: la afirmación de la unidad de sustancia, y la negación de la creación. Para él Dios y el mundo son coeternos, consustanciales é inseparables. Dios sin el mundo, sería el ser absolutamente indeterminado, y el mundo sin Dios, una serie infinita de efectos sin causa, de fenómenos sin sustancia, de hechos sin orden ni razón. Habla con mucha pompa de lo infinito, de lo universal, de lo uno, de lo absoluto, y no tiene sino desprecio y desdenes para lo finito. Sus formas son varias, sus palabras oscuras. Habla de Dios, y no se encuentra en ese sistema; habla del mundo, y el mundo en él no existe. Es la torre de Babel de la inteligencia, y sin embargo todos los vientos, aun los mas encontrados, llevan la razón hácia ese escollo, todos los métodos parecen conducir á él. Si parte de Dios, ya considere su naturaleza infinita, ya su eterna inmovilidad, ya la dificultad de la creación sustancial, llega al panteísmo. ¿Cómo lo uno, ha de producir lo diferente? ¿De dónde ha sacado Dios la sustancia del mundo, si ni estaba contenida en su seno, ni se ocultaba en el espacio? ¿Y qué hacía ese Dios sentado antes del tiempo en su trono solitario? Esto dice la razón, empezando desde Dios, y ella la ignorante se abraza al panteísmo. Si parte del mundo, entonces, subiendo por grados de lo individual á lo general, y de esto á lo universal, buscando un ser mas alto que los que la dañan los sentidos, una unidad que resuelva el dualismo, que ofrece el mundo, llega también la razón anhelosa hasta ese absoluto que buscaba con todas las fuerzas de su corazón, y en ese absoluto pone todo el ser, y llega también al panteísmo. ¡Cuán singular es este sistema! Es quizá el mas grande de los errores, y no hay error que tenga tan grandes fundamentos: los que he indicado han sido poderosos á sostenerle con crédito en la ciencia, hasta que



en la edad presente muchos célebres pensadores han aplicado el hombro, y reunido todas sus fuerzas para destruir ese gigante que habia tomado grandes proporciones, y que abandonado últimamente, y maldecido por el sentido comun de la Europa cristiana, tan solo aguardaba para retirarse que le condenara la ciencia en nombre de la verdad: y le ha condenado.

No ha sido corto el tiempo que ha gastado, ni liviana su tarea, porque, ciertamente, cuando se examina á la luz de la especulacion la naturaleza de Dios, y despues que se le ha dado toda su grandeza, parece que se le rebaja al admitir la creacion, como quiera que sale de sí, en cierto modo, para dar vida á una cosa imperfecta y perecedera como es el mundo, ¿Pero el panteismo no admite un desenvolvimiento, una emanacion, un hecho en fin? ¿Y este hecho no ha debido empezar en el tiempo? Dice ese sistema que es imposible la creacion. Error: es incomprendible, pero no imposible; y aunque incomprendible en la manera de su realizacion, es forzoso admitirla, porque de una parte el mundo existe, y de otra no podemos ponerle en Dios, toda vez que en Dios no cabe distincion. Invoca la unidad; sueño dorado del espíritu, ley suprema de la razon, palabra mágica que ha valido al panteismo gran número de partidarios! Si algo ha de quedar en la ciencia de las escuelas panteistas, además de sus altas especulaciones sobre la grandeza de lo absoluto y la pequeñez de lo relativo, será, sin duda, el haber descubierto en la historia esa ley de la unidad, donde no habia sospechado la comun inteligencia, y haber mostrado que habia menos diferencias y mas armonías que las que habia contado el entendimiento. Todo sistema debe tender á una cierta unidad; pero si para alcanzarla, se identifica con el panteismo el yo y el no yo, lo finito y lo infinito, se cae en un grande absurdo, que anula el mundo, y degrada á Dios. Sí, el panteismo anula el mundo: en el de la historia no ha sabido llegar sino al humanismo, es decir, á la nada; en el mundo fisico al diua-

mismo idealista, es decir, tambien á la nada; en ambos al idealismo objetivo, es decir, por último á la nada. En cuanto á Dios, ha creado una divinidad monstruosa que á sí mismo se adora y se mortifica; que es la luz clara serena del alba, y las tinieblas de horrible tempestuosa noche; que es el suave aroma de las flores, y el olor fétido del cadáver, que sube al aire con la voz del impío que blasfema, y la del santo que hace oracion; que es juntamente el error y la verdad, el vicio y la virtud, el bien y el mal, la santidad y el crimen. ¿Y no hay algun sistema que se levante contra tanto escándalo, y contra error tanto como contiene el panteismo? Sí le hay, y se llama teismo. Proclamando la creacion sustancial, y la distincion de Dios y del mundo, será como el cimiento y la cúpula del sistema definitivo de la ciencia.

Y al llegar aquí, Excmo. é Illmo. Señor, si prescindimos del idealismo objetivo y del nominalismo, atento que versan sus doctrinas tan solo sobre el problema inferior de la relacion del individuo y el género, así como la de lo ideal y lo actual, podemos decir que concluye en los sistemas espuestos la evolucion del movimiento especulativo: son al menos los principales, y abarcan de alguna manera todo el horizonte de la ciencia racional. Sin duda no son toda esa ciencia: la crítica y la metafísica no son la lógica; pero esta es una ciencia puramente formal, sin influencia directa en los difíciles problemas que mas interesan al hombre, y ciencia que ni tiene los peligros, ni los misterios, ni las contradicciones de las otras ciencias especulativas: no son tampoco la moral, la estética, la historia trascendental, ni la teleologia; pero sino son todas esas ciencias, las contienen, como contiene la causa los efectos, y el principio las consecuencias.

Déseme sino la solucion de una escuela sobre el problema crítico y metafísico, y diré desde luego cuál es su moral, cuál su estética, cuál el carácter fundamental de sus principios histó-

ricos: diré también qué destino dá á esos seres que llenan el mundo sin conocerle, y cuál es el que reserva para el hombre, cuando exhale su último aliento. Está pues concluida, si bien de una manera imperfecta, la tarea que me propuse de esponer y juzgar el pasado de la filosofía.

Mas aun no hemos dirigido una mirada al conjunto de las soluciones metafísicas. Al acabar la crítica, nos ocurrió una pregunta que era un síntoma de duda y desaliento: salimos de ella confiados, y con la esperanza de encontrar la verdad objetiva; y ahora, al acabar la metafísica, cuando se vé que casi todas las escuelas suprimen á Dios ó al mundo, ó que conservando esos dos términos, profanan el santo nombre del uno, ó desfigurán el otro, cuando se advierte tanta lucha, y que el pensamiento vaga de error en error, de escándalo en escándalo, una y otra vez, uno y otro siglo, sale al paso una como sombra aterradora, habla de nuevo al oído una voz insidiosa diciendo: ¿no es el error el patrimonio del hombre? ¿No deberá bajar su frente al tocar esos altos misterios de la metafísica, dar tormento á su razón, humillarla y destruirla? ¿Será todo vana ilusión, engañosa mentira?

¿Quién al estudiar esa historia, no ha tenido horas de quebranto, momentos de tribulación y de amargura? ¿Quién no ha pensado alguna vez allá en el fondo de su conciencia en aquellos hombres que cayeron desfallecidos, en un Jouffroy, por ejemplo, ese corazón tan hermoso secado en flor, esa alma tan pura perdida entre las tempestades, ahogada entre el sudor de la duda? ¡Ah! esos momentos son terribles: la historia de la filosofía no parece haberse escrito, sino para dar tormento á la razón, y servirla de canto funeral; pero si levantamos la mirada, luego al punto veremos la verdad venir detrás de nosotros, y aparecer aun entre los mas grandes errores; veremos también, que las tinieblas van desapareciendo ante la nueva aurora que ilumina el horizonte, y que dejando á un lado ciertas contra-

dicciones de la experiencia y la especulación, que el tiempo vencerá quizá, ó hará casi olvidar; terminará la lucha, ora por acomodo, ora las mas veces por el triunfo completo y universal de la verdad expresada en el sistema definitivo que será la síntesis de todas las verdades. Yo voy á decir algunos de los principios fundamentales de ese sistema; voy detrás de otros, como simple obrero á recoger de entre los escombros del pasado algunos materiales, que reunidos bajo la dirección del sistema metafísico que nombre el último, puedan servir para levantar el gran templo de la ciencia especulativa cuya construcción parece el destino providencial de las presentes generaciones. Pondré primero el vestibulo, diré algunos de los capítulos del prefacio de esa ciencia.

La verdad absoluta existe en la inteligencia divina. El pensamiento humano participando en una cierta manera de esa inteligencia suprema es capaz de alcanzar la verdad: la verdad lógica y ontológica en forma adecuada, la metafísica y contingente en una forma incompleta. No alcanza sin embargo esas verdades desde el primer punto de la historia, sino al fin de ella, y después de haber errado veces sin cuento, ni son producto esclusivo de la actividad individual, sino de la colectiva. Al desenvolverse esa actividad humana en aquel trabajo que tiene que realizar para alcanzar la verdad, partiendo de la absoluta ignorancia, recorre dos momentos principales, el de la espontaneidad y el de la reflexión, y se manifiesta bajo tres modos y formas diferentes: el arte, el sentido comun, y la filosofía. En el primero aparece como idea y sentimiento; en el segundo como conocimiento espontáneo, fragmentario, colectivo, como juicio sin dialéctica ni ordenación; en el último, como conocimiento, mas bien individual, reflexivo, metódico, libre. Una debe ser empero la tendencia de estas tres manifestaciones: unas son sus verdades y su contenido último. Entre los conocimientos adquiridos en el curso de tan penoso y largo trabajo, unos son dados



en la razon , otros en la sensibilidad , algunos en el sentimiento. Los que son inmediatos , y corresponden á realidades sustanciales , el entendimiento despojando los objetos de su existencia actual , que tanto quiere decir como de su existencia , y de su individualidad , que es el carácter de su realizacion , los dá la forma ideal y antigenesiaca , y la razon tomando despues los que vió dentro de sí el dia de su nacimiento , y los que encontró cuando alumbró su horizonte el sol del mundo , construye el ideal del universo , siguiendo un método contrario al del entendimiento , y reproduce en lo posible el pensamiento creador. Así concluye el prefacio de ese sistema , que en la parte objetiva proclama las siguientes doctrinas.

Existe un Dios , ser absoluto é infinito que tiene conciencia de sí mismo desde la eternidad , ser personal , libre y omnipotente ser justísimo , sapientísimo , Dios , no solitario ni silencioso , sino creador , providencia que vela por sus criaturas. Solo existia en la eternidad : ni se movia el tiempo , no existia ; ni se estendia el espacio , tampoco existia ; únicamente allá en las profundidades de esa inteligencia suprema existian los seres bajo su forma ideal , es decir , estaban allí sus tipos , sus ejemplares ; ellos no existian , no se movian , no vivian , ni estaba su organizacion , ni estaba su limite , ni estaba su sustancia. Mas oyose resonar el fiat omnipotente de Dios , y aparecieron los espacios , y empezó el tiempo , y los mundos brotaron de la nada , y la vida brotó en medio de esos mundos. En la creacion existen los seres bajo dos formas diferentes é irreductibles , y son : la de los seres inconscientes y fatales , que forman el mundo físico y la de los seres conscientes y libres , de que se compone el mundo moral. El mundo físico no tiene historia , y tendido como un gran cadáver sobre la inmensidad del espacio , vé silencioso é inmóvil pasar las edades. Los individuos que en él viven , no son en sí , ni para sí : su destino único es manifestar , realizar la idea que expresan imperfectamente , y cuando realizan

esto , mueren sin dejar en pos de sí huella de su existencia. Todos ellos morirán en el tiempo. El mundo moral , la humanidad tiene historia y su destino es realizar por varias épocas sucesivas , y bajo la ley del progreso , el ideal que la puso delante la razon absoluta : esa humanidad acabará en el tiempo. Mas los individuos que la componen tienen otro destino que jamás se acabará , y unidos aun en el curso de su existencia terrestre á un órden de cosas superior , deben sin cesar aspirar á hacerse ciudadanos de aquella inmortal ciudad , donde se apagarán todas las quejas y todos los suspiros , cesarán todos los dolores del sentimiento , y se disiparán á la claridad de lo infinito todas las oscuridades del mundo. Un dia vendrá en que la materia vuelva á la nada , y condensándose el tiempo , y reuniéndose el espacio , quedará solo de una parte la eternidad , y de otra lo que es espíritu con su personalidad y su conciencia.

Este sistema cuyos principios han sido proclamados por eminentes pensadores , justifica y armoniza , en mas de un punto , á Platon y Aristóteles , Locke y Leibnitn , Reid y Kant , Jacobi y Hegel : explica y concilia la filosofía y el arte , la ciencia y el sentido comun , y dando á conocer la verdad , recogida de entre varias escuelas , escribe la primera letra del libro destinado á contener las armonías de todas las inteligencias. Y lo que es mas consolador , sus principios fundamentales , parece que están de acuerdo con los que viene proclamando hace siglos la conciencia cristiana , y por ello prepara la concordia de la Religion y la ciencia , concordia que dejará á una y otra sus fueros , y que uniéndolas en comunes enseñanzas , hará que ambas vivan juntas en el porvenir , viendo á los hombres proclamar las mismas doctrinas , é inclinar su frente ante el mismo Dios. He dicho que vivirán juntas : tal es al menos mi creencia y mi deseo. Yo no quiero dar oidos á esas voces de pasion , con que ciertos escritores , que no puede hoy olvidar quien tenga en algo la ciencia , confundiendo torpemente las manifestaciones parciales del

pensamiento con su resultado definitivo, trazan la historia de la filosofía, diciendo, que es una guerra á la Religion y á todos los sentimientos y creencias morales, y considerando eterna esa guerra, condenan aquella á muerte en nombre de la humanidad y del cielo. La filosofía, es verdad, casi siempre se la vé peleando en la historia contra la Religion: ella que proclamaba como principio la duda y la libertad de exámen, protestaba contra la autoridad que la ponía límites: ella que busca y desea en todo la luz, ha combatido los misterios, é invocando esa libertad y siguiendo ese deseo, se la ha visto, mas de una vez, turbar las creencias, confundir las ideas del bien y del mal, combatir las verdades tradicionales, que guardaba el alma con profundo respeto en su santuario, decir no hay Dios, y tambien el hombre es Dios. Sus excesos han sido mayores que nunca en las modernas edades. Cuando el genio melancólico y sombrío de Descartes encendió con mano atrevida la antorcha del análisis, todas las creencias y todos los principios vacilaron, y en puridad solo quedó al hombre el pálido rayo de la conciencia alumbrando un inmenso vacío. Y aun no habia la moderna filosofía empezado sus escándalos, aun no habia dirigido sus armas contra la Religion que ha civilizado la Europa. Las premisas estaban sentadas; pero no habian de sacarse sino en aquellos, para siempre, famosísimos tiempos, en que una espantosa revolucion llenó el mundo con su ruido, y dió al aire palabras desconocidas. Entonces, es decir, á fines del pasado siglo, la filosofía corrió por las calles con la blasfemia en los lábios, y arrojó la Religion de los altares. Tanta fué su locura, y tanto el ardor infernal, y la impiedad que habia estendido por el mundo, que parecia resonar de nuevo aquel grito espantoso, que los navíos de Tiberio habian oido vagar por el Océano en medio de una tempestad diciendo: los dioses han muerto: y despues nació Straus y Fewervach, y Ruge y Proudhon, y vagaron por el aire impíos apóstrofes, satánicos acentos, y el espíritu infernal paseó la

Europa. ¿Quién negará estos excesos? ¿Quién negará que la filosofía ha predicado mas de una vez el mal y el error? Nadie podrá negarlo. ¿Pero se ha puesto siempre de su parte? ¿Las grandes verdades morales y religiosas, no han tenido en todos tiempos ilustres defensores en la filosofía? Yo no diré que en el término de todos los períodos filosóficos, que nos ofrece la historia, haya quedado triunfante la causa de la verdad: yo sé que esos períodos no ofrecen un desarrollo completo de la razon; que ellos nacidos en el tiempo, y en medio de algunas civilizaciones, murieron pronto sepultados entre las ruinas de esas civilizaciones; pero al cabo los hombres han recogido las verdades esparcidas en todas las épocas; el genio, la paciencia y el tiempo han reunido sus trabajos, y el error ha sido derrotado. Si la Religion contiene la verdad, y no puede negarse que la contiene la cristiana, al fin tenderá una mano amiga á la filosofía, porque todo lo contenido en la razon virtualmente se realizará en la historia, y la razon contiene la verdad, ó digamos, puede alcanzarla. No hay principio alguno fundamental del orden moral metafísico y religioso, que no pueda ser de ella conocido bajo la forma, sí, imperfecta de su naturaleza, pero con un conocimiento suficiente, fundado, cuándo en la demostracion, cuándo en un conocimiento, aunque inmediato, cierto; y algunas veces, por último, en la probabilidad. Y lo que contiene, lo posee hoy; por lo menos, el error ya no es temible. La idea escéptica, uno de los grandes enemigos de la Religion, ha sido borrada de la ciencia. La época de las teorías materialistas pasó tambien para siempre: el pensamiento se ha levantado en sus alas doradas del fango en que le habian hundido tales doctrinas. El panteísmo, esa grande herejía del siglo XIX, como la llama Bautain, ese último enemigo de la Religion, anda disfrazado por la Europa, y oculta su nombre. En todas partes rinde ya culto á la Religion la ciencia, y adora al Dios de nuestros padres. Yo no sé si todabia protestará alguna vez con-

tra los misterios en nombre de la razon: si esto hace, ignora que hay un órden sobrenatural, y que el ser absoluto es incomprendible. No sé tampoco, si en la gran cuestion de la intervencion divina en el mundo, así como en las enseñanzas históricas que se refieren á ese principio, podrá todavía en nombre de la experiencia y de la crítica elevarse alguna voz discordante: bien puede asegurarse que serán pocas, y la sola filosofía, invocando el procedimiento ontológico y dogmático, bastará á destruir esas dudas: y en resolucion, si alguna vez se halla, lo que no es de esperar, en oposicion con los principios religiosos, debe callar y prosternarse ante ellos. Siempre la Religion debe ser preferida á la filosofía. ¿Queremos saber por qué? Porque la filosofía procede del hombre, y la Religion de Dios; y porque la filosofía, aunque posea la verdad, no tiene autoridad bastante para imponer ciertos criterios, ni para inspirar al hombre en la práctica de la vida: ella no tiene sacerdotes, ni templos, ni altares: ni tiene palabras para el débil niño, ni para las numerosas muchedumbres. Sola con ella la sociedad, moriría desconsolada. Que esto la enseñe á ser prudente. Pero no la tengamos por lo dicho en menos valer, que si no es con mucho tan importante como la Religion, si no es, como esta, santa, sirve tambien á la sociedad. Ella tiene sublimes enseñanzas, y una forma libre, reflexiva y elevada para las grandes inteligencias, y para todos aquellos que quieren sondear las profundidades de la razon: posee ademas el ideal del arte, la verdadera noción del derecho, la de la historia y la del porvenir de la humanidad y es á quien toca colocarse al frente del estado, en aquel período último de los pueblos, en que no se trata, como en el primer momento de la historia, tan solo de iniciar la civilizacion, preparar la entrada en la vida civil, organizar la autoridad y el poder, y reprimir la fuerza, sino que es ademas necesario, dar solucion á problemas, sobre todo los económicos, que no bastan á resolver, ni aquella autoridad, ni la noción del dere-

cho, ni las tendencias religiosas ó morales, y que es preciso pedírsela, á la vez que á esos principios, á doctrinas que solo la ciencia puede dar. Por esto la sociedad y la ciencia no pueden morir. ¿Queremos saber lo que es la sociedad sin la ciencia? Pues es el Oriente y la Europa de la edad media. El Oriente, país en que el individuo y la sociedad se hallan envueltos bajo la unidad de un poder avasallador, que mancha y oprime; donde la vida no es sino un sueño, ó mas bien un padecer, un continuo suspiro; donde la naturaleza asusta al hombre con sus ruidos; donde el arte es deforme; donde la historia es una teogonia ó un poema, el porvenir, la muerte; donde la propiedad individual es nula; donde la razon está muerta, y la sociedad duerme sueño eterno, y se contempla inmóvil, cual si hubiera echado áncoras en las oleadas de la creacion. Es tambien la Europa de la edad media, esa época que quieren algunos restaurar, y que llaman grande. Y en verdad, grande es la época que alzó en armas la Europa contra el Asia por conquistar un sepulcro, que vió nacer los tronos del seno de la mayor barbarie, y levantarse el poder del Pontificado á excelsa altura; la época que oyó la voz de aquellas augustas azambleas, llamadas Concilios, y produjo á Hildebrando y Carlo Magno, á Alfredo y Alfonso el Sábio. En los dias que el sol alumbró esa época, oíanse acentos sublimes, voces misteriosas, que resonaban en las bóvedas de sus solemnes catedrales, y entre sus guerreros, sus sacerdotes, sus jefes, sus muchedumbres; en sus templos, sus palacios, sus chozas, vagaba como un aliento, como un espíritu flotante, aquel sublime ideal, que dice un escritor, que ansiaba Dante encerrar en su poema, y del que queria Miguel Angel poner una parte, como la firma de su genio, en la última piedra de la cúpula que coronaba á San Pedro. ¿Demos al pasar una palabra de admiracion á esa época! Pero yo preguntaré ¿en medio de esos siglos de grandeza y de heroísmo, no habia grandes opreciones y desgracias infinitas? ¿Eran

por ventura esos tiempos el último momento del desarrollo social? ¿Qué era en ellos del pueblo? ¿Dónde estaban las maravillas de la industria, las grandezas del pensamiento, las completas manifestaciones del arte? ¿Estaban allí esas situaciones que ofrecen las modernas sociedades, sentíase allí, acaso, su vida ardiente, variada, esplendorosa? ¿La actividad humana y las facultades todas encontraban allí libre desenvolvimiento? No; y es que la sociedad, como falta de la ciencia, estaba en el primer grado de su desarrollo, y no podía alcanzar su perfección, ni entrar en nuevas y anchurosas vías, ni dominar el mundo material, ni crear la industria, ni estender el horizonte del pensamiento, sin que alumbrara sus pasos la luz de la razón, y viniera á servirla de norte y guía esa misma ciencia. Una sociedad sin Religión, sería el mas grande de los delirios y la mas grande de las desgracias: esto es cierto: sin ciencia pueden existir, y han existido las sociedades; pero solo en su infancia; faltáronlas con ella algunos de los mayores bienes del hombre, vivió encadenado á la materia, careció de dignidad, y no pudo alcanzar aquella perfección, á que está destinado en medio de su imperfecta naturaleza, que es, la de ser en sí y para sí. Nosotros, hombres del siglo XIX, no podemos renegar de la ciencia y de la moderna civilización: nosotros los que nos reunimos en este recinto, no podemos volverlas la espalda sin faltar á nuestro deber. ¡Que vivan ambas, la Religión y la filosofía! Vivirán sí, porque lo que es grande y divino, es decir, la Religión, no puede morir, y lo que aunque humano, es grande y necesario, es decir, la filosofía no puede perecer.

He concluido Excmo. é Illmo. Señor: me he atrevido á formar un bosquejo, aunque rápido é incompleto, de la historia del pensamiento especulativo: he intentado, despues de otros hombres, separar de los varios sistemas algunas de las verdades fundamentales que entrañaban en su seno, y presentado algunos artículos de ese otro á que creo pertenece el porvenir: des-

pues he pronunciado un juicio y una esperanza en la gran lucha que divide á la filosofía y la teología. La ciencia racional, la que hasta ahora ha tenido errores y combates sin cuento, esa ciencia, he dicho, se acerca al término de su carrera; pronto concluirá la evolución del movimiento que empezó en el siglo XVI, verdadero comienzo del último período de la historia. Sin embargo, aun nos falta mucho que hacer en esa misma ciencia, aun nos falta que trabajar, porque no basta que la verdad se conozca, es preciso organizarla, proclamarla, y hacerla reconocer por la conciencia universal, garantirla aun contra las debilidades de la razón, las inspiraciones del orgullo, y los intereses de la pasión. No nos desaliente el trabajo, ni nos cause pesadumbre. Hay épocas en el mundo, cuya misión es trabajar, y preparar con sus esfuerzos la ventura de otras generaciones. A nosotros nos ha cabido en suerte una de esas épocas. Nacimos en medio de la guerra mas desoladora que presenciaron los siglos; hemos atravesado años de inmenso desaliento, de grandes angustias; hemos oido rumores de voces estrañas, grandes errores, y todavia no hemos encontrado esa quietud y esa paz que deseaba el corazón, esas alegrías con que soñaba el alma, y nuestra prueba dura aun, y aun trabajamos. ¡Ah! ¿Pero no es preferible el trabajo á una vergozosa inacción? Cuando alguna vez he meditado sobre aquellos tiempos, que creo llegarán, en que repose la humanidad de sus largas tareas, y en que cese la agitación de la vida pública, y la inquietud, el movimiento, y la ilusión de los sistemas, he compadecido aquellas generaciones. Yo prefiero la edad presente. Y sobre todo Excmo. é Illmo. Señor, y vosotros jóvenes estudiosos, si estamos destinados á sembrar para que otros cojan el fruto, y á divisar tan solo aquella época, en que el error se ocultará avergonzado, y la verdad se sentará victoriosa en su trono, tengamos al menos la gloria de haber preparado con nuestros trabajos la llegada de esa época, y plantemos nuestro sepulcro en sus confines.==HE DICHO.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE GRANADA



900246656

BIBL. GENERAL UNIVERSITARIA